

LA REVELACION.

REVISTA ESPIRITISTA



Año IX.

SALE UNA VEZ AL MES.

Núm. 7.

ALICANTE 30 DE JULIO DE 1890.

LO QUE PUEDE HACER LA FORTUNA.

Ojeando varios periódicos leímos en *El Nuevo Ateneo* el suelto siguiente:

Aunque las comparaciones son odiosas, vamos a hacer una que pone de manifiesto el producto diferencial de los capitales de los cuatro hombres mas ricos de la tierra.

Mackey, capital, 55.000.000 libras; al año, 2.750.000; al mes 200 000; al día, 7.000; por hora 300; por minuto 5.

Duque de Westminster, capital 16.000.000 libras; al año 800.000; al mes, 60.000; al día 2.000.

Senador Jones de Nevada, capital 20.000.000 libras; al año 1.000.000; al mes 80.000; al día 3.000; por hora 120; por minuto 2.

Rotschids, capital, 40.000.000; al año 2.000.000; al mes 170.000; al día 5.000; por hora 200; por minuto 4.

De manera que el hombre más rico del mundo es Mr. Mackey, cuya fortuna aumenta cinco libras esterlinas por minuto.

Hace cosa de veinte años viajaba por los Estados-Unidos como vendedor ambulante, y hace diez y seis era un pobre diablo sin un cuarto. Hoy, a la edad de 45 años posee las tres octavas partes de la gran «Bonanza» mina argentífera situada en Nevada, la mas rica que se conoce, y que le produce una renta anual de 2.750.000 libras, ó sea el interés de 5.000 000 libras al cinco por ciento.

Mr. Mackey tiene un magnifico hotel en París, donde habita su familia mientras que él pasa

la mayor parte de ese tiempo cerca del punto donde están sus intereses.

Se nos ocurre la siguiente pregunta: ¿qué hará él de su fortuna? ó mejor ¿qué hará la fortuna de él?

Hé aquí una pregunta profundamente filosófica: ¿qué hará la fortuna, de un millonario? ¿Cuántas cosas le puede hacer!.....

Le puede hacer, ¡un agente de la providencia, y un verdugo de la humanidad!

El amparo de los afligidos y el tirano de los pobres!

La esperanza de los tristes, y la desesperación de los necesitados!

La purísima luz del alba, y la noche sombría! todo esto, y muchísimo más, puede hacer la fortuna, con un hombre rico.

Un hombre rico! ¡Puede hacer tanto bien y tanto mal! Desgraciadamente los ricos de este mundo (en su mayor parte) son débiles para resistir la prueba de la riqueza, que prueba y grande es ser dueños de inmensos tesoros; porque estos proporcionan múltiples goces que forman una atmósfera de adulación continua, porque un rico por muchos defectos que tenga, nadie se atreve a decirle frente a frente que es un miserable. Le suelen a veces matar a traición, pero delante

RR-860

de él todos sonríen, que tiene el oro un poder especial sobre las multitudes; por esto el rico es tan difícil que progrese, por que él por sí solo ha de hacer todo el trabajo de su regeneración.

Ha de desprenderse del afán de atesorar, ha de pensar en los pobres, aunque él no conciba que es la pobreza, ha de compadecer el infortunio, sin conocer los azares de la desventura; y no hay nada más difícil que hacerse cargo de dolores que nunca hemos sentido.

Nos contaba un amigo nuestro, (hombre muy desgraciado) que cuando pequeño, ocupaba una buena posición. Todas las noches salía con su madre, y pasaban por delante de una iglesia en cuya puerca se acurrucaban unos cuantos mendigos de ambos sexos que dormían á la intemperie. La madre de nuestro amigo se quedaba mirando aquel tristísimo cuadro y decía estrechando el brazo de su hijo.

— ¡Ay Antonio! ¡demos muchas gracias á Dios que nos ha concedido una buena cama! El niño se encogía de hombros, y según nos contó, decía el para sí: — Mi madre es tonta, dá gracias á Dios porque tenemos cama, cuando es una cosa que la tiene todo el mundo. Pasaron los años, y el niño se hizo hombre, perdió á sus padres, sufrió rudos cambios de fortuna, y llegó una época que tuvo que dormir todo un verano sentado en un sillón del Prado de Madrid; y cuando después de tantas privaciones pudo ganar para vivir, lo primero que hizo fué comprar un catre y un colchon, y alquilar un gabinete en un quinto piso, y al llegar la noche, cuando por primera vez se vio solo en su cuarto, cayó de hinojos pensando en su buena madre, exclamando con íntima efusión. ¡Ay! madre mía! yo te llamaba tonta en mi inocencia porque dabas gracias á Dios

de tener un lecho donde dormir. Y yo también hoy me creo dichoso por que tengo una pobre cama donde poder descansar. ¡Gracias, Dios mío! que me has concedido lo que con tanta indiferencia miraba en mi niñez! Y el pobre joven nos decía que ni una sola noche ha dejado de dar gracias á Dios antes de acostarse, compadeciendo profundamente á los mendigos que duermen en el duro suelo; pero los ha compadecido después que ha sabido lo que es vivir sin casa ni hogar. Del mismo modo los ricos miran con indiferencia los sufrimientos de los pobres; porque no saben lo que es la pobreza. Hé aquí porque decíamos que la riqueza es la prueba más difícil á que se puede someter el espíritu, y la que tiene peores consecuencias; porque mayor parte de esos pordioseros de cuerpo torcido, de organismo deformé, que los tienen que arrastrar en un carretón, fueron malos ricos que negaron las migajas de pan que dejaban sus perros á los mendigos hambrientos que les pedían con lágrimas amargas una mirada de compasión.

Últimamente hemos visto á una niña que según dicen cuenta seis años, conducida en un carro de tres pies de largo y dos de ancho. La niña no sabemos como está configurada, pero sus brazos disecados, y sus piernas que parecen dos tiras de pergamino, están cruzadas de un modo extraño delante de su rostro, cuya expresión es la del idiotismo: en su cara redonda y de buen color, se dibuja una sonrisa vaga, y aquel montón informe de carne y harapos inspira compasión y repugnancia á la vez. Una pobre joven miserablemente vestida tira de una cuerda atada al carro, y un enjambre de chiquillos callejeros rodeaban aquel vehículo de la miseria.

Nosotros dolorosamente impresionados; contemplamos algunos momentos á aquel desheredado de la tierra; y le preguntamos repetidas veces con nuestro pensamiento.

¿Qué hicistes ayer? ¿Se estremeció la tierra bajo el enorme peso de tus crímenes?

¿Gimieron las multitudes esclavizadas, azotadas por tu terrible látigo? ¿Qué horrible debe ser tu pasado, cuando es tan espantoso tu presente!

Embebidos en nuestras reflexiones seguimos nuestro camino, pero la niña aquella vive desde aquel día en nuestra memoria, y hoy al leer la intencionada pregunta que hace *El Nuevo Ateneo*, refiriéndose al primer millonario de la tierra diciendo «*qué hará él de su fortuna?*» ó mejor «*qué hará la fortuna de él?*» inmediatamente hemos recordado á la infeliz tullida, á aquel pobre sér que se la mira, y sino fuera por la cabeza, se dudaría si dentro de aquel carro vivía una persona, ó un irracional, y hemos dicho con profunda tristeza: «¿Qué hizo la fortuna de tí? y una voz, una clara intuición, un repetido sacudimiento que agitó nuestro sér, nos ha indicado que uno de nuestros amigos de ultra-tumba quería ponerse en relación con nosotros, y obedeciendo su influencia escribimos el siguiente relato:

«Yo te agradezco, pobre sér de la tierra que te compadezcas de los que son aun mas pobres que tú. Mira siempre á los pobres! especialmente á los que dice el vulgo *que están señalados por la mano de Dios*; que esos son los señalados por la iniquidad de sus propias obras. Dios todo amor, belleza y armonía, no puede crear nada inarmónico. El espíritu despues de creado, es el escultor que modela su envoltura, y la obra corresponde á la sabiduría del espíritu.»

«El vulgo, en medio de su ignorancia, ve algo en esas *grandes victimas*; no sabe como explicarlo, y dice inconscientemente: *Hombre lisiado, no puede hacer cosa buena, si lleva encima la cólera de Dios!* y lo que lleva realmente es su mala condición; es la perversidad de su espíritu, es la rebeldia de su carácter indomable; que ni aun estando abrumado por el peso de sus cadenas se humilla y se confiesa vencido; si no que, muy al contrario, es irascible, violento, iracundo, que odia á la humanidad, aunque la mira con sonrisa hipócrita para inspirarle mas compasion; pero en el fondo de su alma, guarda el gérmen de sus pasados desaciertos, y quisiera tener fuerza suficiente para seguir practicando el mal.»

«Haces bien en mirar con interés esos grandes infortunios; porque en esos seres ves el epilogo de las horribles historias que guarda la humanidad. No entiendas por epilogo el punto final de la vida, porque esta no tiene fin; las etapas del progreso de los espíritus se dividen en épocas, y estas entrañan varias encarnaciones, y el fin de esas existencias del dolor, es á lo que yo llamo epilogo.»

«¡Si tu vieras cuánto me ha hecho sufrir esa niña que tanto te ha impresionado!»

«¡Si tú la hubieras visto hace algunos siglos!»

«¡Era hermosa como las gracias de vuestro Olimpo!»

«¡Era discreta como vuestra diosa Minerva!»

«¡Era honesta como vuestra casta Susana! Pero ay! los vicios tentadores se apoderaron de aquel espíritu (débil aun) para resistir la prueba de la felicidad. ¡Y cayó! ¡y cayó al fondo del abismo! y pasarán centurias de siglos antes que deje el cenegal de sus iniquidades!»

¡Pobres ilusos de la tierra! ¡cuánta lástima me inspirais al escuchar vuestras palabras haciendo planes de felicidad! Ni uno solo de vosotros dice: *quiero ser bueno!* todos en coro esclaman: *quiero ser rico!* Esto es, quiero luchar con el enemigo mas formidable, quiero exponerme á perder la ternura del alma, endureciendo mi sentimiento, quiero embriagarme con el ópio de la adulación; quiero ser grande entre los gusanos de la tierra, para mañana vivir olvidado y pasar desapercibido entre los espíritus regenerados.»

«Te inspira compasion esa pobre niña, y hoy es dichosa á proporcion de su ayer, porque ayer inspiraba odio y desprecio; y hoy siquiera despierta la compasion.»

«Esos espíritus rebeldes son mas desgraciados aun en la erraticidad, porque allí se encuentran solos con sus liviandades, y la misma sombra que los envuelve no les permite ver las almas amigas que le quieren consolar en su duelo. Solo ven todas sus existencias de crímenes, y solo escuchan voces perdidas que les acusan como han acusado durante algunos siglos á esa pobre tullida de la tierra.»

«Si ese infeliz espíritu llegó á subir al pináculo de todas las grandezas humanas, porque no se contentó con ser mujer bella, sabia y pura, quiso el poder, quiso la riqueza, pero la riqueza fabulosa; quiso la soberania de la seducción, quiso luchar con todos los enemigos del alma, y cedió á los pérfidos alhagos de la concupiscencia; y manchó el tálamo nupcial, y profanó los lazos de la familia, con incestuosos concubinatos y regó con sangre la senda de su vida, para borrar la huella de su crimen, que el abismo atrae, y el que dá el primer paso, se precipita al fondo. ¡Compadeced! si,

compadeced á esos desheredados de la tierra, ayer quizá fueron esos seres el delirio de vuestra alma, y por obtener una de sus miradas perdisteis una existencia entre las liviandades de impudicos placeres.»

«¡Corred! corred como lo haceis en pos de los desgraciados! ¡leed! ¡leed en esos libros mas elocuentes que todos vuestros tratados de filosofía. Ni vuestro Sócrates, ni vuestro Platon, ni vuestro Ciceron, ni vuestro Séneca, ni vuestro Aristóteles, ni vuestro Tomás de Aquino; ni ninguno de vuestros grandes sabios os dará las útiles lecciones que os dan esos seres deformes rodeados de todas las humillaciones y de todos los dolores. ¡Estudiad! si, estudiad en esos horribles infortunios todas las degradaciones á que se somete el espíritu, que solo quiere satisfacer los groseros apetitos de la carne.»

«Cuando llama un pobre á vuestra puerta no solo dadle limosna, sino hablad con él; no lo hagais por caridad, hacedlo por egoismo. Mirad bien su repugnante figura, reparad en sus sucios harapos, haced retroceder vuestro pensamiento algunos siglos atrás, y vereis, si quereis ver, aquella misma figura que teneis delante, revestida de púrpura, y armado; ostentando en su diestra el cetro del poder.»

«Los mendigos son los recuerdos palpitantes de la vida de ayer, compadecedlos! ¡amadlos! ¡protegedlos! que si con indiferencia los mirais; mañana les hareis compañía, que mas cerca estais los terrenales de la mendicidad, que de los mundos de la luz.»

«¡Tienes razon, buen espíritu! mas cerca estamos los hombres del dolor que del placer, se confunde perfectamente en el mero hecho de estar en la tierra, donde hay tantos seres que viven sin

hogar, que pasan el día en la calle y á la noche acuden á esos lugares insalubres llamados casas de dormir, donde por veinte y cinco céntimos les permiten echarse en un poco de paja y allí duermen los grandes opresores de ayer.

Los mendigos son los restos de pasadas grandezas, son el complemento de la historia universal, son el índice de los desaciertos humanos. Ellos nos atestiguan los crímenes del pasado, por esto debemos intimar con ellos, primero para consolarlos, y segundo para tocar bien de cerca las consecuencias de los atropellos, y precavernos de volver á caer, que como dice muy oportunamente el espíritu, la mayoría de los terrenales estamos más cerca de la sombra que de la luz: que las penitenciarías no se han hecho para los justos, sino para los pecadores.

¿Qué fuimos ayer? ¿Qué seremos mañana? Hé aquí las dos preguntas que los hombres se hacen; pero nos falta hacernos la mejor, ¿qué somos hoy? El hoy nos dice lo que fué nuestro pasado, y lo que seremos en el porvenir. Preguntémonos constantemente *que somos hoy*, estudiemos nuestra vida, las aspiraciones de nuestro espíritu, y no hagamos preguntas inútiles, porque en nosotros llevamos la solución del gran problema de nuestra existencia.

En la creación no hay más que un camino, EL BIEN; sigamos por él, y dejaremos este triste planeta donde los grandes tiranos de ayer se han condenado ellos mismos á trabajos forzados por toda una existencia.

Pobre niña! vives en nuestra memoria, con tu pequeño carro, con tus miembros dislocados y enflaquecidos, con tus harapos, con tu miseria, y tu espiación.

Iluminanos, señor! queremos progre-

sar queremos vivir! porque aun no hemos vivido y quiera el cielo que nunca nuestros desaciertos nos hagan volver á la tierra en el tristísimo estado que ha vuelto aquel pobre espíritu que tan penosamente nos impresionó.

No, no; queremos los resplandores del infinito, la abnegación de los Redentores, el sacrificio de los mártires si necesario fuese. Queremos algo grande, que sintamos y no podemos definir, pero queremos la luz, la luz y la vida, los raudales de la ciencia y los divinos efluvios de la caridad!

Amalia Domingo y Soler.

A «EL ANTIDOTO» DE CORDOBA.

(Conclusion.)

Dice nuestro impugnador, que los efectos espiritistas «no son locales sino comunes á todos los países;» y en el siguiente párrafo, describe la «magia diabólica» por la «facultad de producir efectos maravillosos é insólitos.» ¡Patente contradicción! Si los efectos espiritistas son «comunes á todos los países;» si los maravillosos efectos de la mediumidad y el magnetismo pueden producirlos individuos de todas clases, edades y sexo, si dichas facultades no son patrimonio de bailie y pertenecen al dominio exclusivo universal, no son efectos *insólitos*, y por consecuencia carecen del carácter distintivo de la *magia diabólica*. Si los efectos de la *magia diabólica* se producen como asegura el articulista, «con signos establecidos por los demonios y concertados con ellos;» y los médiums carecen de estas circunstancias puesto que lo primero que se hace para obtener la comunicación es rogarle á Dios que la permita para nuestra moralidad é ilustración: si los médiums lejos de concertarse con los seres de ultra-tumba poseen una aptitud especial, por la que se ponen en relación con el mundo invisible, aptitud

muchas veces ignorada por ellos mismos; claro es que la comunicacion con los espíritus es de otra condicion y de otra naturaleza. Basta de *espíritus infernales*, basta de *diablos*, basta de *demonios*, apreciable articulista; inventad otro recurso de nuevo efecto que ese ya fatiga y empalaga, no causa ya sensacion y está mandado recoger aún por los mismos teólogos ilustrados.

«No hay proporcion entre causas naturales y estos efectos que siendo malos en sí, suponen un agente sobrehumano que es también malo,» continúa diciendo nuestro impugnador. Y nosotros le preguntamos muy formalmente: ¿conoce acaso *todas* las causas naturales para poder juzgar de todos los efectos? ¿No existe en la naturaleza nada oculto a su superior inteligencia? ¿Lo sabe, lo conoce y lo comprende todo? Ah!... cuánta felicidad disfruta en este caso! ¡Dichoso mortal que ha apurado ya el máximo del progreso intelectual que la tierra puede ofrecer al hombre! Nada nuevo puede presentarse: cese la investigacion, cese el estudio; cesen los descubrimientos. ¡Pobre naturaleza, han sorprendido todos tus secretos! Te han arrebatado todas tus bellezas, y nada guardas oculto! Ya podemos juzgarte: si se presenta un elemento, un fenómeno, una ley o más de lo conocido, poseemos la evidencia de que no es tuyo, porque tú no puedes dar de ti más de lo que ya has dado: has sido tan estremadamente débil que no has podido reservarte nada para luego, robándonos así toda esperanza; matando todo nuestro estímulo, destruyendo nuestra tendencia natural y sumiéndonos en una yerta y árida monotomía que acabará por cansarnos, por fastidiarnos, por consumirnos. ¡Imprevisor y embustera Naturaleza!... ¡Por qué nos engañaste haciéndonos concebir que eras el brazo ejecutor de las leyes Divinas? ¿Por qué te burlastes de nosotros dejándonos vislumbrar un infinito de *formas* y de *modos* en tus evoluciones?

Pero creemos que la Naturaleza no es tan culpable como aparece al primer golpe de vista con el aserto de nuestro impugnador, porque decir no es demostrar, y al efec-

to nos permitiremos preguntarle: ¿Existe «proporción entre las causas naturales» y los efectos del crimen y del vicio? Porque siendo el crimen y el vicio «malos en sí, supondrán un agente sobrehumano que sea también malo;» ¿no es esto?... Entonces el robo, el asesinato, la violacion, el adulterio, el orgullo, la lujuria, la soberbia, la debilidad, el egoismo, etc., no son efectos del hombre, de la humanidad, sino de *un agente sobrehumano*; y si este agente se encuentra *sobre la humanidad*, es superior a ella, y si es superior a ella, la conoce y la domina sin que el hombre pueda sustraerse a su influencia ni evitar su poder. Luego la humanidad es esclava de ese *agente superior* a su naturaleza. el hombre es un autómatas del elemento *sobrehumano* que le fuerza irresistiblemente a cometer o producir todos los efectos *malos en sí*. Y entonces, ¿por qué se castiga al hombre vicioso y criminal? ¿Qué culpa tiene al cometer las acciones *malas en sí*, efectos de una fuerza superior que le arrastra a practicarlas sin poderse sustraer a su influencia?

Pero ¿a qué perder el tiempo en consideraciones infructuosas? La sana razon solo puede admitir una Naturaleza ejecutora de una ley dictada por una Causa. Todo agente humano o *sobrehumano* es natural y todo lo natural es bueno. El mal no existe, como lo hemos ya demostrado, y todo procede del Bien, de Dios. Si esto no es exacto; si estamos equivocados, ¿a nuestro impugnador le corresponde demostrar que el *mal* existe, así como también la forma natural en que ha sido producido por la naturaleza del bien.

Porque diciendo el articulista, y al parecer con cierta meticulosa estrañeza que Mesmer indicó «*que en el magnetismo había la insinuación de un agente superior*» ¿Y qué quiere decir esto sino que el fluido magnético vital por sus propiedades especiales y maravillosas supera al calor, a la electricidad y a la luz, y merece ocupar un rango superior al que ocupan los agentes que estudia la física? ¿Quiere suponer que la palabra *superior* implica la creencia de que el agente magnético es *sobrenatural*? ¿Se pretende sacar partido

hasta de las palabras más sencillas y mejor empleadas, tergiverando su verdadera significación? Mesmer, así como todos los magnetizadores que le han sucedido, reconocen el magnetismo como un agente *natural*, y aun el mismo Baron Du Potet que equivocadamente presenta nuestro impugnador como *jefe de la secta espiritista* no conociéndose en su época esta filosofía, dice en su obra titulada: «*Manual del estudiante magnetizador*», página 28, «ser evidente la realidad de los fenómenos magnéticos como resultado de una FUERZA FÍSICA «que existe en nosotros mismos sujeta á nuestra voluntad; fuerza que todo ser la posee, no habiendo establecido la naturaleza sobre ella privilegio alguno porque es UNA LEY. De tan sencilla y verdadera opinión podemos deducir exacta y lógicamente que al comparar Du Potet los fenómenos del magnetismo con los hechos de la antigua magia, supone que los magos se valían de un *elemento natural*, de una *ley de la naturaleza* desconocida entonces por la generalidad, para producir aquellos prodigiosos y sorprendentes efectos, que la ignorancia ha calificado de *diabólicos*.

La ingenua manifestación que se cita de Du Potet, de que «El magnetismo no lo ha descubierto él ni lo ha sacado de sus ideas, sino que la naturaleza misma es quien se lo ha puesto delante», corrobora más y más nuestra aserción de que el Magnetismo es un *agente natural* y que su conocimiento lo debe al hombre, lo mismo que el de la electricidad, el magnetismo mineral y la fuerza de gravitación á hechos con que la naturaleza ha impresionado sus sentidos. ¿Qué otra cosa mas que *magnetismo* es todo lo en que la naturaleza se realiza? ¿Qué son la atracción y repulsión de los cósmos, átomos, moléculas y cuerpos? ¿Qué son la cohesión, la afinidad y la adhesión sino magnetismo? ¿Qué son las simpatías y antipatías, el amor y el odio sino atracción y repulsión también y por consecuencia magnetismo? ¿A qué obedecen todas las transformaciones, todas las metamorfosis de la materia? ¿Cuáles son las causas que despiertan y desarrollan los sentimientos en el espíritu é impulsan á obrar á todos

los seres animados, sino fuerzas ocultas de atracción y repulsión, ó sea magnetismo? Si el Magnetismo fuera intrínsecamente malo, como supone el articulista, la naturaleza que sólo es magnetismo, y Dios que ha creado la naturaleza, serían malos intrínsecamente.

Por lo demás; ¿qué razones aduce el articulista para la condenación del Magnetismo? La opinión de los Papas y los obispos. . . ¡Vaya una argumentación! . . . ¿Qué autoridad tienen esos señores en la cuestión? La de ser papas y obispos? ¡Vaya un razonamiento! . . . ¡Como si los obispos y los papas fuesen competentes en todo! ¡Vaya una simpleza! ¡Como si los papas y los obispos poseyeran el conocimiento de la ciencia universal! ¡Vaya un orgullo! . . . No es al juicio de los obispos y los papas al que debemos ajustarnos; no es al juicio de los clérigos al que debemos someternos. Los romanistas puros, sean papas, obispos, clérigos ó seglares, son *fallibles* y parciales: unos, los ignorantes, profesan y predicán el error de buena fé porque se encuentran fanatizados: otros, los ilustrados, combaten la verdad por conveniencia y egoísmo. Escuchemos la ciencia y la razón; escuchemos el Evangelio; escuchemos á Dios.

El Romanismo que ha condenado en todos tiempos la ciencia y la verdad, ¿cómo no habia de condenar el Magnetismo que por su importancia, su poder y sus fenómenos para ser la ciencia de las ciencias? ¡Lastima grande para los romanistas que la cuestión de la *infalibilidad* haya dado al traste antes de tiempo con el último concilio, pues á no ser así, el obispo de Tulle, que según fué anunciado con autelación se proponia tratar en una de sus sesiones la cuestión de Magnetismo, Sonambulismo y Espiritismo, hubiera podido fácilmente arrancar de Pio IX una nueva *condemnation* para negar la bondad y naturalidad del Magnetismo.

Decir que el Magnetismo es malo, criminal y demoníaco como lo han dicho los abates, los vicarios, los obispos y arzobispos que en sus dos últimos artículos cita, es decir nada; que lo prueben, que lo demuestren si les es

posible, y entonces veremos con qué autoridad, con qué ciencia, con qué fundamento lo condenan. ¿Qué serían la ciencia y la verdad? ¿qué sería el ser humano si se sugieran al fallo incompetente, caprichoso é interesado de cualquiera asociación que extraña por completo á su conocimiento no contase en su apoyo con otra autoridad que un orgullo desmellido, una ambición inagotable y una soberbia refinada? Lo que han sido en los tiempos del oscurantismo y la teocracia, lo que pueden ser con el dominio clerical; la ciencia un mito, la verdad un misterio, y el hombre un autómatas.

El Romanismo ha sospechado vanamente que con saber latín, teología y cánones se poseía el conocimiento universal; que sus sacerdotes eran sabios y dioses, y que para detener la ciencia y anegar el pensamiento bastaba su ilógico sistema de negación; pero el pensamiento y la ciencia despreciando su orgullo han progresado escudriñando la naturaleza, y puesto de manifiesto los absurdos del Génesis del dogma y del ceremonial romanos.

Escuche nuestro impugnador, como corroboración de lo espuesto un dato histórico en el que se demuestra concluyentemente tanto el necio orgullo que caracteriza al romanismo, como que su iglesia cerró siempre los ojos á la luz; también lo copia «La Civilta Cattolica», pero en latín para que el vulgo no lo entienda.

«El 19 de Mayo de 1841, el obispo de Lausana dirigió á la sagrada penitenciaría una exposición del Magnetismo animal, seguida de cuatro preguntas á las cuales se respondió el 1.º de Julio siguiente.

He aquí la exposición del prelado, sus preguntas y la respuesta:

«Eminentísimo Señor:

«En atención á la insuficiencia de las respuestas dadas hasta hoy sobre el magnetismo animal, y como es muy de desear que se presenten con bastante frecuencia, el infrascrito expone á vuestra Eminencia lo siguiente:

«Una persona magnetizada, que comúnmente es del sexo femenino, entra en tal estado de sueño ó de adormecimiento, llama-

dado *sonambulismo magnético*, que ni el mayor ruido que se haga á sus oídos, ni la violencia del fuego ó del hierro podrían sacarle de él. Solo el magnetizador que ha obtenido su consentimiento (porque el consentimiento es necesario), le hace caer en aquella especie de éxtasis, sea por medio de tocamientos y gesticulaciones en varios sentidos, si está cerca de ella, sea en virtud de una simple orden interior, si está apartado aun de muchas leguas.

«Interrogado entonces de viva voz ó mentalmente sobre su enfermedad y la de las personas ausentes que le son absolutamente desconocidas, aquella magnetizada, notoriamente ignorante, se encuentra al momento dotada de una ciencia muy superior á la de los médicos: da descripciones anatómicas muy exactas; indica el sitio, causa y naturaleza de las enfermedades internas del cuerpo humano mas difíciles de conocer y caracterizar, detalla sus progresos, sus variaciones y complicaciones, todo con los precisos términos, predice á veces su duración exacta y prescribe los remedios mas sencillos y eficaces.

«Si la persona por la cual se consulta á la magnetizada está presente, el magnetizador la pone en relación con esta por medio del contacto. ¿Está ausente? Basta uno de sus rizos aplicado sobre la mano de la magnetizada, y esta dice lo que es, de quién son los cabellos, donde está actualmente la persona de quién provienen, lo que hace, y da sobre la enfermedad todos los indicios arriba anunciados con tanta exactitud como si hiciese autopsia del cuerpo.

«En fin, la magnetizada no vé con los ojos. Pueden vendárselos, y leerá, aun sin saber leer, un libro ó manuscrito que se haya colocado abierto ó cerrado, sea en su cabeza, sea en su vientre. De esta región es tambien de donde parecen salir las palabras. Sacada de tal estado, ó bien en virtud de un mandato interior del magnetizador, ó bien espontáneamente en el instante indicado por ella, parece ignorar completamente todo lo que le ha sucedido durante el ataque, por largo que haya sido: lo que la

han preguntado, lo que ha respondido, lo que ha padecido, nada de esto ha dejado idea alguna en su inteligencia, ni en su memoria la menor huella.

«He ahí, por que el esponente, viendo tan fuertes razones para sospechar que tales efectos, producidos por una causa ocasional, manifestamente tan poco proporcionada, sean naturales, suplica con instancia á Vuestra Eminencia que tenga á bien en su subiduría decidir, para mayor gloria de Dios y mayor ventaja de las almas tan caramente rescatadas por Nuestro Señor Jesucristo, si, supuesta la verdad de los hechos anunciados, puede un confesor ó un cura permitir sin peligro á sus penitentes ó feligreses.

1.º Ejercer el magnetismo animal así caracterizado como si fuese un acto auxiliar y supletorio de la medicina.

2.º Consentir que los que pongan en ese estado de sonambulismo magnético.

3.º Consultar, ora por sí mismos, ora por medio de otros, las personas así magnetizadas.

4.º Hacer una de estas tres cosas, con la precaución previa de renunciar formalmente en su corazón á todo pacto diabólico, explícito ó implícito y aun á toda intervención satánica, puesto que á pesar de esto, algunas personas han obtenido del magnetismo ó los mismos efectos ó al menos algunos de ellos.»

Escuche ahora el articulista, la respuesta dada á esta exposicion por la *sabiduría* de Su Eminencia, por la *Sagrada Penitenciaria*:

«El uso del magnetismo, tal como está expuesto, no es permitido.» (1).

¡Y el reverendo obispo, que tal vez viniera practicándolo por sí quedaria firmemente persuadido de lo nocivo del magnetismo en vista de tal contestacion!!!

Tanto el artículo que á la palabra *magnetismo* consagra Bergier como los escritos de muchos *sábios* romanistas, se resumen en que: está admitido despues de reconocido por muchos teólogos, como un medio bueno

terapéutico, pero que no debe practicarse porque es obra del demonio. ¿Qué visible contradicción!... El demonio haciendo obras buenas! No hay mejor defensa del Espiritismo y Magnetismo que los escritos de los romanistas.

Terminaremos esta introduccion de polémica recordando á nuestro impugnador. El capítulo II de la epístola que Pablo dirige á los de Tesalónica y de cuyos versículos 8 y 11 echamos mano el Sr. Magistral de esa cátedra para llamar la atención de los fieles sobre el Espiritismo, y lo citaremos no literalmente, que quien así desee conocerlo lo encontrará en el siglo apostólico, sino en el claro y verdadero sentido que implican sus conceptos, para que todo el mundo pueda cotejarlo y comprenderlo. Dice así:

1. Mas rogámoos, hermanos por el advenimiento de la verdad y por nuestra union é identificación con ella.

2. Que no seáis volubles de pensamiento; conservad vuestra creencia y no dejéis conducir fácilmente vuestra inteligencia al capricho de los demás; ni os perturben las enseñanzas de los Espíritus ni las predicciones de los hombres ni los escritos apócrifos en que se tomen nuestros nombres, anunciando estar próximo el día de la verdad.

3. No os dejéis seducir de nadie, en manera alguna; porque el conocimiento de la verdad no vendrá sin que venga antes la apostasia, y los apóstatas, los hombres pecadores que sostienen el error, engendro suyo de perdición, sean desenmascarados.

4. El error se opone y se levanta sobre leyes divinas, que deben ser adoradas porque son obra de Dios; de manera que se sentará en el templo de la Verdad, mostrándose á los hombres como si fuese Dios mismo.

5. No os acordáis que cuando estaba todavía con vosotros Jesús, el enviado de Dios para enseñarnos la verdad, os decía esto mismo?

6. Y sabéis la causa que ahora detiene la manifestacion de la verdad, con el fin de que la conozcan los hombres á su tiempo.

7. Porque ya está obrando el misterio de la iniquidad, y el que conoce la verdad,

(1) Dicc.º teológ. de Bergier.—*Magnetismo*.

debe mantenerse firme en ella, hasta que el error sea desalojado del mundo.

8. Entonces se descubrirá aquel perverso; el que morirá ante la verdadera manifestación de la palabra de Jesús, de su doctrina, del Evangelio en espíritu, y el reinado del error será destruido con el resplandor de la Verdad.

9. El error se manifestará potente, porque será operado por la maldad en señales y prodigios *mentirosos*.

10. Con toda la seducción que el vicio y la iniquidad tienen para los perversos; para aquellos que no buscan la verdad porque ni la aman ni creen que en ella se encuentra la salvación. Por eso Dios permitirá que el error se opere para que crean en la mentira, librándoles por este medio de la inmensa responsabilidad en que incurre quien conociendo la verdad predica y practica los errores.

11. Y sean castigados todos los que no creen en la Verdad, cooperan inicuamente en alimentar y sostener el error.

12. Mas nosotros debemos siempre dar gracias a Dios por vosotros hermanos y amados suyos, elegidos para alcanzar de los primeros la felicidad; por la purificación de vuestro Espíritu; y la fe que teneis en la verdad.

13. A la cual os llamo también por medio del Evangelio, para que alcencéis la dicha ofrecida por nuestro Señor Jesucristo.

14. Así, pues, hermanos, sosteneos firmes, y conservad las tradiciones que habeis aprendido en nuestra predicación o en nuestras cartas.

15. Y tanto nuestro Redentor como Dios nuestro Padre que tanto nos ama que nos ha dado por la doctrina de su hijo el elemento para alcanzar la felicidad eterna y la esperanza de vivir en su gracia.

16. Consuelen vuestros corazones y los confirmen en la predicación y práctica del bien.

¡A cuantas enseñanzas se presta este corto capítulo! Meditelo con detenimiento nuestro impugnador, y por las tendencias marcadas del Romanismo de dominar, de

perturbar y restringir el pensamiento; de seducir con mentirosos milagros a los fanáticos y presentar a su pontífice como un dios infalible, deducirá no ser esta otra cosa que el «Misterio de iniquidad» llamado a desaparecer muy pronto aun a pesar de su potencia, ante el Espiritismo que es la verdadera manifestación de la palabra de Jesús.

Esperamos que correspondiendo el articulista a nuestra conducta, responderá a todos los puntos que de sus escritos refutamos, así como también a todos los cargos que deducidos de aquellos lanzamos contra el sistema de su agonizante secta; pues habiéndose inspirado para su plan de ataque contra el Espiritismo y Magnetismo, en la obra «El Espiritismo en el mundo moderno» publicada por «La Civiltà Cattolica» de Roma, no será extraño a la docta sentencia con que encabeza en artículo XLVI, y que a la letra dice: «Quien tiene entre sus manos una buena causa, no teme discutir uno por uno todos los argumentos de sus adversarios.»

MANUEL GONZALEZ.

EL SOL Y LA VERDAD.

Decía San Ambrosio que, «Las grandes obras no necesitan de quien las aplaude, porque ellas mismas testifican su grandeza.»

Nada más cierto, la verdad, la razón y la justicia, valen tanto por sí solas, que son inútiles todos los encomiásticos elogios que se pueda hacer de ellas.

El sol ha sido cantado y ensalzado por los poetas de todos los tiempos.

Lord Byron con su estilo especial, le llamaba «El primer ministro del omnipotente.»

Flammarion esclama en su entusiasmo sublime que, «El Sol es la eterna sonrisa difundida por el mundo,» y otras veces le llama «El corazón del Universo.» Los hombres primitivos le rindieron culto, proclamándole la Divinidad de la tierra, y en nuestros días se cuenta de un ateo que viudo y con un hijo, se fue a vivir a una quinta, prohi-

biéndole a sus servidores que bablasen á su hijo de ninguna religion; queria ver por si mismo si el sentimiento de la admiracion y de la adoracion, era innato en el hombre, si esta debilidad de nuestro cerebro nacia con nosotros ó la adquiríamos por los perniciosos efectos de la educacion. El inocente niño creció sin aprender nada, corriendo por los inmensos bosques de su heredad, jugando con las mariposas y cultivando muchas veces flores, por las cuales tenia el niño especial predileccion. Su padre seguía cuidadosamente todos sus pasos, y notó que su hijo que tenia diez años, principiaba á demostrar una decidida afición á la soledad. Era el primero que se levantaba en la casa y salía al campo.

Una mañana, le siguió su padre, y vió que el niño subió á una montaña, densas nubes cubrian el cielo, y el tierno adolescente exclamó con acento suplicante:

— ¡Oh! nubes! dejad que salga mi padre, el sol! cuando no le veo estoy enfermo. Sol hermoso, ven á verme, que yo te quiero sobre todas las cosas de la tierra! Las nubes cual si escucharan el ruego del niño, verificaron lo que en fáciles versos describió un poeta en un canto al sol, diciendo:

El mas bello paisaje
Que presenta la gran naturaleza,
Es cuando en la mañana
Se cubre el horizonte
Con nubes de zafir, ópalo y grana
¡Ojo inmenso figuran
Las apañadas nubes:

Su órbita la enrojece un fuego interno,
Sus párpados las bridas entreabren,
Y asoma la pupila del Eterno.

Así sucedió, la plegaria del niño fué escuchada, y el principio de nuestra vida apareció magestuoso ante el cual el hijo del ateo cruzó las manos exclamando con íntima efusion. — ¡Cuanto te quiero, padre mio! ¿Y á mi, no me quieres ya? murmuró su padre conmovido.

El niño se volvió y arrojándose en sus brazos le colmó de caricias diciéndole. — No tengas celos, yo tambien te quiero mucho, pero déjame querer al Sol, como todo le

quiere en la naturaleza. ¿Por qué no le quieres y le llamas como yo? Deede mañana le llamaremos los dos juntos, y así tal vez vendrá mas pronto.

A contar desde aquel dia, el pequeño adorador del sol tuvo en su padre un buen maestro, por que aquel era un hombre muy instruido; y algun tiempo despues el ateo entró á formar parte de la iglesia reformista, á su hijo lo debió el ver la luz, convenciéndose al fin, que Domingo Malpica estaba en lo cierto al decir. «Que en todo corazon hay una fibra y una esperanza; en toda mente un allende infinito y desconocido, sobre la mente y el corazon una luz de eufrema belleza; que es el ideal donde van á parar la fé, la esperanza y este sentimiento del bien que es el anhelo de toda vida.»

Nadie le habia celebrado al niño la creacion; pero se sintió subyugado por su magnética belleza, y amaba al Sol porque veia en él lo mas hermoso, ¡la luz!... del mismo modo la verdad se recomienda por si sola; no necesita que la enalcen.

La desgracia que aflige á la humanidad es que, como dice Balmes: «Conocemos mas los libros que las cosas, y el ser sabio consiste en saber cosas y no libros.»

Nosotros encontramos la verdad en el espiritismo antes de haber leído sus obras fundamentales; nos bastó leer un buen artículo en un periódico espiritista, y en seguida dijimos: he aquí el Dios que sueña la razon, he aquí el porvenir de la humanidad, esta es la luz.

Leímos despues sus obras fundamentales, porque debe conocerse la teoría que es la poesia lirica de la práctica, y luego seguir estudiando al hombre que segun afirma un espíritu; el hombre en la tierra es una continuidad de efectos, y de estos efectos se deriva la causa.

No se nos oculta que las grandes causas han servido de manto á toda suerte de miserables consecuencias, pero esto no nos auesta, porque las plantas parásitas no pueden conseguir derrumbar los ahetos, los cedros, los robles, los baobos y los alerces, y tantos y tantos gigantes que engrandecen el reino

vegetal; del mismo modo los falsos cristianos no han logrado empuñecer la adorable figura de Cristo, que no será porque no se han cometido en su nombre toda clase de crímenes en guerras religiosas, en impuestos honorarios, en confinamientos brutales, en suicidios lentos, en todo cuanto puede soñar el humano extravío; y sin embargo, el Redentor de la humanidad, el primer espiritista de los tiempos modernos, que nos habló de las muchas moradas de la casa de nuestro padre, el que respetaba los gobiernos constituidos diciendo: dad a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es de el César, el que nos dijo amaos los unos a los otros, aquel Ser admirable, aquel espíritu fuerte que vino a decir al hombre (como dice un espíritu) ¡Anda humanidad! ¡anda! que para ti no se cansarán los siglos! ¡Anda! que el progreso, ya te presenta su itinerario, ¡anda! que la luz ha sido hecha para ti, ¡anda! que tienes que realizar los sueños de las civilizaciones futuras, ¡anda! que tu eres la delegada de Dios, para implantar en los mundos la fraternidad universal, aquel sublime orador que eligió por tribuna la cumbre de la montaña, y la frágil barquilla, es el punto de partida, es la estrella polar que sirve de norte a todos los naufragos de este mundo.

—¿Se reforma una religion? se acude al evangelio de Cristo.

—Se refunde una filosofía? se comentan las parábolas de Jesús; y en todos los adelantos humanos resuena el nombre del mártir del Gólgota; no han podido destruirle las demás religiones, porque él ha sido y es la síntesis de la verdadera religion. Del mismo modo el espiritismo ha sido, es y será la demostración del infinito, la verdad eterna, el manantial de la justicia, y la realidad de todas las esperanzas.

—Es la continuación del evangelio, ni mas ni menos, así es, que no necesita que decanten sus glorias porque él solo se glorifica regenerando a los espíritus que quieren beber de sus puras aguas.

—Siguiendo el consejo de Balmes, queremos saber cosas y no libros; esto es, desdeñemos la lectura, librenos Dios, no concebimos

la vida sin el estudio; pero concedamos particular atención a esas pequeñas acciones de la vida íntima, que pasan desapercibidas y en las cuales se retrata el hombre.

Un hecho heroico, es obligado a veces por las circunstancias, pero la sencilla manifestación del sentimiento pone de relieve el mérito del alma.

El espiritismo, su aspiración principal es que se practique el bien por el bien mismo, es que el hombre ame todo lo de la creación, y forme la humanidad una sola familia. Bajo este supuesto, el espíritu verdadero se ha de distinguir por sus caritativos sentimientos. La caridad ha de ser su primer distintivo, y nosotros a semejanza de Diógenes, (que iba con una linterna buscando a un hombre) vamos con nuestra observación buscando a los espiritistas que merezcan tal nombre.

—Ardua tarea hemos emprendido, pues conocemos como conocía Guy Patin, que, «si el hombre quisiera dirigir bien sus pasos, pudiera hacer un largo viaje con los que pierde inútilmente,» mas a pesar de todo, como querer no es poder, algo hemos alcanzado de lo que queremos, que es ver destellos de la verdad.

Una mañana, estábamos escribiendo y el llanto desgarrador de una niña llegó hasta nosotros, instintivamente nos levantamos a ver quién lloraba con tan amargo desconsuelo, y vimos a una pobre niña que vivía en el piso bajo, y estaba sentada en su jardín lanzando lastimeros ayes; un espiritista que estaba cerca de nosotros se impresionó vivamente, y preguntó a la pequeña por qué lloraba.

—¡Ay! contestó la niña con amargo acento, lloro por que el gato se ha comido todo el pescado que he traído esta mañana y mi madre dice que me va a matar.

—¿Y cuanto valia todo el pescado?

—Diez y ocho cuartos.

El espíritu envolvió unas cuantas monedas en un papel y se lo tiró a la niña diciéndole:

—Dile a tu madre que no te mate, que ya tienes muchos cuartos para comprar todo

lo que el gato se ha comido; y volviéndose hacia nosotros repuso sencillamente. Me sublevé cuando veo que martirizan á los pequeñitos. Yo no puedo ver llorar á los niños.

Nosotros le miramos fijamente y dijimos un poco avergonzados: Este espiritista nos gana en buenos sentimientos; porque escuchábamos los gemidos de la niña, sin ocurrirnosos inquirir la causa; bueno es que haya estos ejemplos para que aprendamos los demás.

Aquel hombre se llama espiritista, y lo es en realidad; y siguiendo nuestra tarea de buscar rayos de luz, terminaremos estas líneas recordando el diálogo que tuvimos con un hermano nuestro hablando de la misión de los padres de familia.

—Yo, decía nuestro amigo, trato de hacer á mis hijos sensibles y compasivos desde pequeñitos; he procurado siempre hacerles amar sin egoísmo. Recordó que un día una de mis hijas vino con un pajarito que le había dado su abuela; y yo al ver al pobre hijo del aire prisionero le dije á mi niña:

—Mira, ¿te gustaría que yo te encerrara en un cuarto, y que allí te diera de comer sin salir nunca?

—¡Ay! no, no, replicó mi hija con viveza.

—Pues mira, del mismo modo que tú, este pajarito no quiere estar encerrado, porque echa de menos el bosque, donde le espera su compañera para hacer el nido.

—¡Ah! pero si se va yo me quedo sin él, contestó mi hija.

—Y ¿qué importa que te quedes sin él, si él va á ser feliz! Vamos, ¿no dejas que le abra la jaula? El se quedará muy agradecido de tí. Mi hija entonces abrió la jaula llorando silenciosamente, y su querido prisionero se fué.

Otra vez vinieron mis hijas muy alborozadas diciéndome hemos dado un gran paseo y hemos estado mirando como mataban á un cordero.

—¿Cómo? les dije yo, ¿habeis tenido valor de presenciar la agonía de ese pobre animal tan inofensivo? Ya que las condiciones de este planeta nos obligan á matar para vivir, no unamos la crueldad á

esta necesidad imperiosa. ¿No os daba lástima de ver sus ojos tan tristes? Estas y otras lecciones han conseguido lo que yo deseaba, que era hacer á mis hijas buenas y compasivas; ayer justamente me dieron un buen rato; estaban en una casa de la vecindad y me las vi venir corriendo como asustadas. — ¿Qué traéis! les pregunté. — Que van á matar á un cordero, y no hemos querido verle morir, me contestó una de ellas. En aquel momento, amiga mía, fui dichoso, porque vi que los espíritus que Dios había puesto á mi cuidado eran enemigos del mal. En aquel instante me alegré de ser padre, y guía en la tierra de aquellas almas dulces y caritiosas.

Al terminar su sencilla é ingenua relación le contemplamos con ese placer con que miramos todo lo bello y todo lo grande, y acordándonos del otro espíritu que no puede oír llorar á los niños, dijimos con profunda convicción. Si del árbol del espiritismo se recogen tan sazonados frutos, bien dice San Ambrosio, «que las obras grandes no necesitan de quien las aplauda, por que ellas mismas testifican su grandeza.»

Además, el espiritismo dispone de una riqueza inagotable. Según Leymarie el tiempo es la moneda del grande arquitecto, y el espiritismo es el dueño absoluto de esos títulos llamados existencias que se cotizan en la eternidad.

Según Thales *lo mas sabio es el tiempo*, de consiguiente la filosofía basada en la necesidad de las encarnaciones del espíritu, nos parece la mas lógica y la mas razonable de todas las que hasta hoy se han disputado la primacía en las naciones civilizadas.

¡Bien haya el siglo XIX que ha dado paso á todas las ideas! y le ha dicho al hombre. ¡Anda! pregunta á tu razón donde está la verdad.

Amalia Domingo y Soler.

LOS CEMENTERIOS.

Doctrina práctica de la Iglesia sobre denegacion de sepultura sagrada.

DUELISTAS.—TOREROS.—CÓMICOS.

— Cuanto más se examina la materia, teniendo en cuenta de un lado lo que ordenan los Cánones, y de otro lo que practica la Iglesia, más se adquiere la convicción y la evidencia de que no impera regla alguna fija en este punto. En unos casos se concede la sepultura sagrada á cadáveres á quienes la niegan terminantemente los Concilios, y que profanan evidentemente el Cementerio, mientras que en otros, con exagerado escrúpulo, se priva de ella, y hasta se trata de desenterrar á muertos menos merecedores de aquella pena, habiéndose llegado al extremo en alguna ocasión de querer imponerla por actos no prohibidos por ningún Cónon, y hasta permitidos por los mismos Pontífices. Como si no existiese la legislación canónica, ni menos jurisprudencia ó práctica constante y general; la concesión ó denegación de sepultura depende en cada caso del lugar, del tiempo y del criterio particular, de la mayor ó menor tolerancia del párroco ó del diocesano. Si los cánones no son letra muerta, si los decretos de la Iglesia, no derogados, están vigentes, puede decirse con toda seguridad que todos los días é incesantemente, con conocimiento de la Autoridad eclesiástica, se están profanando los Cementerios católicos con inhumaciones de personas que se hallan privadas de tierra santa; puede decirse con toda seguridad que no hay ningún Cementerio religioso que no se halle profanado, que no esté, hablando en términos canónicos, *polluto* y contaminado.

Sabemos perfectamente,—y dice mucho en bien de la Iglesia,—que existiendo el mas leve indicio que lo consienta, las Autoridades religiosas deben inclinarse, como en algunos casos confesamos que se inclinan, á la piedad y á la misericordia, pues decía muy bien el ilustre obispo Bossuet escribiendo á

su digno compañero el obispo de Saintes, *que siendo la presunción de la penitencia ó arrepentimiento la mas favorable, es esta la que debe seguirse, ya que debe evitarse*, añadía aquel piadoso Prelado, *el rigor y encono con los muertos, porque el suplicio no produce nunca buen efecto*, por esto hace muy bien la Iglesia, cuando siguiendo los consejos de tan cristianos doctores, se inclina á la misericordia y concede sepultura sagrada hasta á los mismos criminales ajusticiados, que antes de sufrir el más horrible de los castigos han dado señales de arrepentimiento.

Pero en algunos casos son tan terminantes los Cánones y son tales las condiciones en que ha muerto, la persona que debe ser enterrada que por mucha que sea la benignidad del párroco ó del Superior, si aquellos han de tener algun valor, es imposible, sin barrenarlos manifiestamente, y sin profanar el cementerio, concederle sepultura sagrada. El dar tierra santa, por ejemplo, á un usurero muerto en pecado, á un usurero que no haya hecho ó dispuesto la restitución á los que han sido víctimas de sus usuras; después de las prescripciones absolutas de los Concilios, de la bula *Vex pervenit* contra el préstamo á interés de Benedicto XIV y de las prohibiciones de Inocencio XI,—hágase la violencia que se quiera á los Cánones,—constituye una verdadera profanación del Cementerio; y sin embargo, como ya indicábamos otra vez, continuamente se entierran á usureros que mueren sin haber restituido, y la Iglesia dispensa las preces santas y les acompaña con gran pompa religiosa á la sepultura. E igual profanación envuelve la inhumación de un suicida, aunque en vida oyera misa y confesara y comulgara, si no resulta perfectamente probada la enagenación mental.

Y no es que tratemos con esto de dirigir cargos á la Iglesia por la piedad á que tales casos se inclina; no es nuestro ánimo acusar á las Autoridades eclesiásticas que llenas de misericordia por los pecadores, hacen caso omiso de algunos Cánones que imponen terminantemente la pena de privación de sepultura sagrada; si lo recordamos es tan solo para lamentarnos de que en nos-

casos, tratándose de culpas que no son de la mayor gravedad, se pretenda sostener la más estricta observancia de los Cánones, y se estremen el rigorismo y escrúpulo hasta el punto, no solo de denegar la sepultura en el Cementerio católico, sino de tratar de desenterrar muertos después de muchos días de enterrados, intentando cometer una verdadera profanación humana para evitar la profanación religiosa; y en otros casos, tratándose de pecados tan graves, según la moral y la Iglesia, como la usura y el suicidio, y á pesar de lo que mandan los Cánones, no se tenga reparo en conceder tierra santa, ni se tema la profanación, mirándose ya al parecer,—que es como debieran mirarse—neutrales los Cementerios y consagrados al culto de todos los muertos en nombre de la unidad humana, sin distinción de creencias, y como hijos todos de un mismo Padre y hermanos todos en Dios.

Así vemos también, y no podemos menos que aplaudirla, la misericordia y benignidad de la Iglesia para con los duelistas, los lidiadores y los cómicos. Es verdad que los Cánones niegan á éstos de una manera tan terminante como á los usureros y suicidas la sepultura sagrada, pero la Iglesia muy piadosa en este punto, teniendo en cuenta altísimas consideraciones, prescindecasi siempre de aquellos Cánones.

El Catolicismo ha mirado siempre, y justamente, con horror el desafío, acto bárbaro que, como dice un teólogo, comprende la malicia de dos grandes crímenes, del homicidio y del suicidio, y de ahí que varios Concilios y un sin número de Papas impusieran penas graves y negaran en absoluto la sepultura sagrada á los que murieran en desafío y hasta sus padrinos. El horror al duelo era tanto en la Iglesia que algunos Padres jesuitas como Navarra, Sanchez y Escobar llegaron á sostener la suave y caritativa doctrina de: *«que se está obligado á rehusar el duelo si se puede matar secretamente al calumniador; porque entonces no se espone uno al peligro de perder la vida y se evita al otro la ocasión de cometer un nuevo pecado, aceptando*

el ofreciendo el desafío», de manera que con esta doctrina hasta se aceptaba el asesinato secreto para evitar el duelo, ó como diría San Agustín, su asesinato presente, seguro para evitar un homicidio futuro.

Algunos canonistas, menos rigurosos e igualmente sutiles, fijándose en la materialidad de la letra del Canon del Concilio de Trento que al imponer las penas á los duelistas dice: *se in ipso conflictu decesserint*, habían sostenido la ridícula distinción de que no debían ser privados de sepultura aquellos que, heridos mortalmente en el desafío, no morían en el mismo sitio, como si el acto no entrañase la misma perversidad y responsabilidad moral en uno que en otro caso. Ya un Concilio provincial de Aranda, sin embargo, había negado la sepultura no solo á los muertos en el desafío, sino también á los que salieran heridos de la pelea y de sus resultas fallecieran, aunque antes de morir hubiesen recibido el sacramento de la penitencia. Y Benedicto XIV restaurando la antigua doctrina, y prescindiendo de los absurdos distinguidos de los canonistas, por su Bula *detestabilem* mantiene la pena de privación de sepultura, aun cuando el duelista haya sido transportado fuera del lugar del combate, y aun cuando haya recibido de la Autoridad espiritual la absolución de su pecado y haya dado señales de penitencia y arrepentimiento.

La prohibición no puede ser mas terminante y absoluta; si las bulas de los Pontífices y los Cánones de los Concilios han de tener algún valor es indudable que la inhumación de los duelistas y padrinos en tierra santa ha de profanar irremisiblemente el Cementerio; y apesar de esto, elevadas Autoridades eclesiásticas han tolerado en nuestros tiempos que se enterraran en Cementerios sagrados á personas que habían muerto en desafío, que murieron en el mismo lugar del combate. Los restos yacen hoy en tierra santa al lado de los cuerpos de los demás fieles.

Y lo mismo sucede con los lidiadores, con nuestros toreros. Varios Concilios nacionales y provinciales habían impuesto penas graves á los que tomaban parte en las

lidas de toros y otras fieras; pero como estas continuasen de la misma manera, el papa Pío V con su bula de *Salute gregis* prohibió de nuevo á todos los fieles, estos, según él, torpes espectáculos, más propios de demonios que de hombre, (*turpia que demonum et non humanum spectacula*) bajo pena de excomunion, no solo contra los lidiadores, sino también contra los espectadores, *sub excommunicationis et anathematis penis*, dice la bula de Pío V, *ipso, facto incurrendis*. Es verdad, que pocos años después otro Pontífice, Clemente VIII deshizo en parte la obra de su predecesor, y consintió las corridas de toros mediante ciertas condiciones que eran, las de que no se celebrasen en días festivos y que la destreza de los lidiadores fuese tal, que alejase el temor de que ocurriese desgracia alguna pero como estas condiciones raras veces se cumplen, continúa la excomunion y anatema de Pío V, sin que pueda admitirse, como quieren sostener algunos, que la bula de *Salute gregis* haya sido derogada implícitamente por Pío IX. Los lidiadores y espectadores de las corridas de toros no celebradas en el modo y forma que previene Clemente VIII quedan, pues, excomulgados, y como tales, especialmente los primeros, privados de sepultura eclesiástica, constituyendo su inhumación en tierra santa una verdadera profanación del Cementerio. Y sin embargo, los restos de nuestros más famosos toreros descansan en los Campos Santos católicos; y no sabemos que en nuestros tiempos se haya negado á ninguno la sepultura sagrada. No decíamos sin motivo que todos los días, públicamente y con conocimiento de las Autoridades de la Iglesia se están profanando los Campos Santos, que todos los Cementerios se hallan manchados, ó en términos canónicos, *pollutos*.

También los cómicos en sus distintas clases y especies, ya se dediquen á la declamación, al canto (serio ó bufo,) al baile, y á la mímica, todos gozan hoy de sepultura sagrada. Aquí sí que como en ningún punto debemos reconocer la suavidad de la Iglesia. Varios Concilios, varios pontífices han condenado á los comediantes y les han impuesto

la pena de privación de tierra santa, y á pasar de toda la Iglesia actual los acoge cariñosa en los Cementerios. El Concilio de Arlés dispuso que los cómicos fuesen privados de la Comunión mientras ejercieran su oficio, (*de theatricis et ipsos placuit quamdiu agunt á communione separari*). Otro Concilio declaró infamados é indignos de órdenes eclesiásticos y de sepultura á los histriones, (*histrionibus sacra non committantur, mysteria. Pudor en honor Ecclesie tan turpi et infami contagione fedatur*.) porque el pudor y el honor de la Iglesia se mancha, dice este Canon, con tan torpe é infame contagio.

¿Y cómo podía ser rigurosa la Iglesia en este punto si en algunos siglos, principalmente en el décimo séptimo, el teatro estuvo en España casi exclusivamente á cargo de eclesiásticos y han sido sacerdotes los padres y fundadores del teatro español? Lope de Vega, notario que fué de la alta Cámara apostólica y familiar del Santo Oficio, Gabriel Tellez, más conocido por Tirso de Molina, fraile mercenario y comendador del convento de Soria, Calderon de la Barca, capellan de honor del rey, y uno de los primeros ingenios de los tiempos modernos, Rojas, Moreto, Espinel, Solís y Alarcón, todos á la vez que notables y algunos de ellos famosos poetas dramáticos que escribían para el teatro y vivían en continua relación con los cómicos proscritos y condenados por la Iglesia, reunían el sagrado carácter del sacerdocio católico. El mismo Urbano VIII, el mismo Papa, en prueba de agradecimiento á Lope de Vega, ese prodigio de la naturaleza apellidado *El Fénix de los ingenios*, por una obra que le dedicó, no tuvo reparo, — á pesar de escribir para el teatro y contribuir por lo mismo á la existencia de los cómicos y á la perdición de almas, — en conferirle el grado de doctor en teología, y concederle el hábito de San Juan y los títulos de promotor fiscal, de notario de la Cámara apostólica y de familiar del tribunal de la Inquisición.

La Iglesia condenaba á los cómicos, y eran, sin embargo, los mismos eclesiásticos, los mismos sacerdotes los que creaban nues-

teatro y daban vida y mantenían en el ejercicio de su *torpe é infame profesion* á los cómicos. ¿Cómo podía, pues, negarseles la sepultura sagrada? Unos Papas anatematizaban á los actores dramáticos y otros Papas daban honores á los autores dramáticos. Los Cánones existían, es indudable, y en rigurosa disciplina nadie podrá negar que el sepulturar á un cómico en tierra santa no envuelva todavía una verdadera profanación; pero la Iglesia si no quería condenar á los eclesiásticos que componían comedias, tampoco podía negar la sepultura á los cómicos que las representaban. Debía quitarse la causa ó debía admitirse el efecto. Los Cánones, sin embargo, subsisten, y los cadáveres de los cómicos se entierran en los Cementerios católicos.

Usureros que han muerto sin haber restituido las usuras, suicidas ortodoxos, duelistas, lidiadores, cómicos de los distintos géneros, á todos se entierra, á todos se concede sepultura sagrada; ninguno de ellos, á pesar de las prohibiciones de los Concilios y de las Bulas pontificias, profana ya hoy el Cementerio en que descansa. Si han de regir los Cánones, preguntamos ahora, ¿por qué se entierra á estos pecadores, si se entierra á estos pecadores, ¿por qué han de regir los Cánones, y apoyándose en ellos, negar todavía la sepultura sagrada por culpas tal vez menos graves que las de aquellos?

Bendigamos de todos modos la dulzura y misericordia de la Iglesia; pero bendigamos más todavía á los modernos apóstoles que han difundido esa cristiana atmósfera de tolerancia en que ya vivimos, y que han de respirar también, so pena de asfixia y muerte, los mismos defensores y más inflexibles representantes de la intolerancia.

LA IMPENITENTE DE HUESCA.

El mismo caso ocurrido recientemente en Huesca con motivo del expediente instruido para extraer del Cementerio católico de aquella ciudad el cadáver de una impenitente,

de que tanto han hablado los periódicos; que tanto se ha censurado, y que hasta dio lugar á una interpelación en el Congreso, no solo es uno de los muchos ejemplos de la oposición que se nota entre los Cánones y la conducta del Ministerio espiritual, entre lo que las leyes de la Iglesia mandan y lo que se practica, sino que á la vez, y no se estrañe, constituye una prueba evidente de la blandura y tolerancia de algunas Autoridades eclesiásticas, incluso la de Huesca en materia de sepultura eclesiástica.

Falleció en aquella ciudad en el mes de abril último una mujer llamada Ana Coll que el día 20 del mismo, y sin ningún reparo, fué enterrada en el cementerio católico; pero dos días después su esposo Lorenzo Coll recibió de la Secretaría de Cámara del Obispado de Huesca el siguiente documento que copiado literalmente dice así:

«Secretaría de Cámara del Obispado de Huesca. — Habiendo tenido conocimiento el M. I. S. Gobernador eclesiástico de este Obispado, de que en la tarde del día 20 del corriente fué enterrado en el cementerio católico de esta ciudad el cadáver de doña Ana Coll, mujer de usted, que ha vivido y muerto fuera de la comunión católica, según los antecedentes suministrados por el encargado de la parroquia, habiendo tenido lugar la sepultura del cadáver previa invitación á los convecinos y conocidos, aplicándoles y rogándoles se sirvieran asistir al entierro civil, lo cual confirma de una manera que no permite dudar, que la difunta vivió y murió profesando religión distinta de la nuestra, no habiéndose pedido por usted ni por otra persona en su representación el permiso del cura párroco para el enterramiento del cadáver. El M. I. S. Gobernador eclesiástico ha dispuesto, que si en el término de 24 horas inmediatas á la entrega de esta comunicación no se acredita por usted que su difunta mujer profesaba la Religión católica y murió cumpliendo los deberes de los fieles, sin que pudiera imputarse de falta alguna que sea bastante para privarla de la sepultura eclesiástica, se procederá con arreglo,

»á las disposiciones canónicas y sanitarias vigentes; á la exhumación del cadáver el que será enterrado en lugar no sagrado, pero decente, según disponga la familia y la autoridad civil de la ciudad y provincia. Lo que de orden del M. I. Sr. Gobernador eclesiástico participo á usted para su debido conocimiento y efectos oportunos:—Dios guarde á usted muchos años.—Huesca, 22 de abril de 1880.—Domingo María Villasante.—Rúbrica y en ella intercalado—Sr. —Sr. D. Lorenzo Coll, vecino de esta ciudad. »Es copia.»

No puede negarse que la severidad que con esta comunicación revela el señor Gobernador eclesiástico de Huesca contrasta con la misericordia y piedad de tantos otros Prelados y párrocos enterrando usureros, suicidas y delinquentes, á pesar de ser mayores y mas graves sus pecados que los que se suponen en Ana Coll; y ha de convenirse tambien en que se explica como en unos casos puede prescindirse de los Cánones, mientras que en otros se pide su más estricta observancia. Pero de todos modos preciso es confesar que, dados los antecedentes que se suponen en Ana Coll, la autoridad eclesiástica se hallaba en su derecho al disponer lo que se lee en el trascrito documento:

Transcurrieron dos dias y como Lorenzo Coll esposo de la supuesta pecadora no acreditase lo que le pedia, de que su difunta mujer profesaba la religion católica, se expidió por la misma Secretaria de Cámara otra nueva comunicacion que á la letra dice así:

«Secretaria de Cámara del obispado de Huesca.—Con verdadero sentimiento cumplo el deber de participar á usted, de orden del M. I. Sr. Gobernador eclesiástico, que en el expediente instruido con motivo de la sepultura dada en lugar sagrado al cadáver de Ana Coll, mujer de usted, que vivió en los últimos de su vida, fuera del gremio de la Religion católica y murió sin haber dado pruebas de arrepentimiento, se ha dictado auto definitivo, mandando proceder el lunes 26 del corriente, á las cuatro de la tarde, á la exhumación del cadáver, el que será trasladado á lugar no bendito, pero decen-

te, según las prescripciones de los sagrados Cánones por las personas que á V. representen ó en su defecto por los dependientes del Cementerio.—Dios guarde á usted muchos años.—Huesca 24 de Abril de 1880.—Domingo María Villasante.—Sr. D. Lorenzo Coll, vecino de esta ciudad.»

Seis dias despues de enterrado el cadáver de Ana Coll, debia exhumarse para trasladarlo á otro lugar no bendito. La medida era dura y dolorosa, si se quiere hasta inhumana: su notificación debió producir un verdadero trastorno en la familia de la difunta y supuesta impenitente; pero no puede negarse que, como dice la misma Autoridad comunicante, se hallaba arreglada á las prescripciones canónicas. Aquella mujer, según en su comunicacion afirma la Secretaria de Cámara, habia vivido en los últimos años de su vida fuera del gremio de la iglesia y habia muerto sin dar pruebas de arrepentimiento; no podia, pues, ser enterrada en el Cementerio católico. Su inhumacion en lugar sagrado habia violado, habia profanado, según los Cánones, el Cementerio y para proceder á su reconciliacion debia extraerse antes el cadáver. «Unde si contingat interdum quod excommunicatorum corpora in cœmeterio eclesiástico tumulerentur, si ab aliorum corporibus discerni poterunt exhumari debent;» debia pues, como ordenan los Cánones, exhumarse el cadáver de la impenitente, ya que podia ser distinguido de los demás, y arrojarse lejos del Cementerio católico, «et procul ab eclesiastica sepultura jactari.»

Segun varias decisiones conciliares todo Cementerio queda *polluto* y profanado con el entierro de un excomulgado ó impenitente y debe procederse á su reconciliacion, para lo que es indispensable la previa extracción del cadáver del pecador, si puede ser distinguido; así lo manda terminantemente los sagrados Cánones, así lo ha venido practicando la Iglesia, así lo habia decretado el M. I. Sr. Gobernador eclesiástico de Huesca.

Pues á pesar de todo y no obstante de haber sido enterrada en tierra sagrada Ana Coll que, según declaracion de la misma

Autoridad eclesiástica, había muerto impenitente, su cadáver continúa sepultado en el Cementerio católico de Huesca, y no es cierto, como se afirmó en los periódicos, y como equivocadamente lo dijimos también nosotros, que fuese desenterrado.

El señor Lorenzo Coll, el día anterior al en que debía procederse el desentierro de su difunta esposa recibió de la Secretaria de Cámara la siguiente comunicación:

«Secretaria de Cámara del Obispado de Huesca.—En consideración al fuerte temporal de aguas que venimos experimentando, el M. Ilre. Sr. Gobernador eclesiástico de la Diócesis, ha dispuesto se suspenda por ahora la exhumación del cadáver de Ana Coll de Coll, acordada para el día de mañana á las cuatro de la tarde, según se comunicó á usted en el día de ayer. Lo que participo á usted para su debido conocimiento y efectos consiguientes. Dios guarde á usted muchos años.—Huesca 25 de abril de 1880.—Domingo María Villasanté, secretario.—Señor don Lorenzo Coll, vecino de Huesca.»

Han cesado los temporales de aguas y la exhumación no se ha verificado. Los Cánones son terminantes: Ana Coll, según la Autoridad eclesiástica, murió impenitente y fuera del gremio de la Iglesia; Ana Coll, según resulta de las comunicaciones de la misma Secretaria de Cámara, era indigna de sepultura sagrada, profanó el Cementerio, y debía extraerse su cadáver para proceder á su reconciliación, y sin embargo, el cuerpo de Ana Coll continúa enterrado en tierra santa. Nunca como en esta ocasión han resaltado mas los sentimientos de misericordia ó flexibilidad de la Autoridad eclesiástica.

Apesar de lo que ordenan los Cánones, apesar de que con la inhumación de un cuerpo indigno de sepultura religiosa quedó evidentemente profanado el Cementerio, ni ha sido reconciliado extrayendo previamente el cadáver, ni se ha fulminado el entredicho para que no se enterrase en él mientras durara la profanación. Realmente no se explica este suave y benigno desenlace despues

del expediente incoado, despues de las comunicaciones copiadas, y despues de la amargura y desconsuelo ocasionados á la familia de Ana Coll.

¿A qué tanto rigor al principio si despues, á pesar de reconocida la impenitencia de Ana Coll, y declarada indigna de tierra santa, podia sin escrúpulo canónico continuar enterrado su cadáver en el Cementerio católico? ¿Es que la autoridad civil se ha opuesto al desentierro? No puede creerse de un gobierno católico que ha de acatar el artículo 4.º del Concordato vigente que reconoce plena libertad á las Autoridades eclesiásticas en todas las cosas que pertenecen á su derecho y ejercicio. Y aun cuando se hubiese opuesto ¿no podia, no debía la Autoridad religiosa fulminar el entredicho contra el Cementerio para que desde aquel instante no se diese en él sepultura eclesiástica al cadáver de ningún fiel, como se ha hecho en otros casos en que la Autoridad temporal ha tratado de cohibir la espiritual, y como lo hizo en una ocasión el Obispo de Gerona poniendo solemne entredicho al Cementerio hasta lograr la exhumación del cadáver del impenitente y la destitución del Alcalde de la Escala que á ella se había opuesto?

En el caso de que se trata no se ha extraído el cadáver, ni se ha fulminado entredicho. Por esto creemos que si no se ha perturbado la paz de la sepultura de Ana Coll, débese exclusivamente al sentimiento de piedad y misericordia que al terminar el expediente ha prevalecido en la Autoridad eclesiástica de Huesca, y se ha sobrepuesto al rigorismo de los Cánones. Ha sido la misericordia, ha sido la tolerancia la que ha triunfado en este caso á pesar de las prescripciones de los Concilios y de las Bulas de los Papas.

De todos modos, no se aviene con los principios de unidad de la Iglesia esa contradicción que se observa entre lo que mandan los Cánones y lo que practican los encargados de su cumplimiento, esa divergencia entre la tolerancia y misericordia de unas diócesis y el rigorismo y la intolerancia de otras.

Si rigen los Cánones ¿por qué se concede

tierra santa á excomulgados, á usureros, duelistas y suicidas, y hasta se toleran en cementerios católicos cadáveres de impenitentes después de declarados indignos de sepultura sagrada por la misma Autoridad eclesiástica y después de haber decretado su extracción? Si no rigen los Cánones ¿por qué cerrar en ningún caso la triste puerta del Cementerio, promover expedientes de denegación de sepultura, ensangrentarse con unas cenizas,—según frase de un ilustre jurisconsulto al emitir dictamen en un asunto de esta clase como Fiscal de la Cámara del Real Patronato,—y abrumar de aflicción y desconsuelo, y hasta llenar de oprobio á una ya desgraciada y atribulada familia?

A. J. Torrella.

P. S. Mientras esto pasa en Huesca vemos publicarse una Real orden mandando exhumar un cadáver enterrado en el cementerio católico de Atienza por disposición del juez de primera instancia y contra la voluntad del Diocesano.

CONFERENCIAS

DE ERNESTO RENAN, EN LONDRES.

Segunda.

La leyenda de la Iglesia romana.—Pedro y Pablo (Continuación).

Fué aquello como el duelo de los recuerdos y de las leyendas de la patria. Neron mostró deseos de aliviar la miseria de que había sido causa, tratando de hacer ver que todo se había limitado en definitiva á una operación de limpieza y saneamiento, y que la nueva ciudad sería muy superior á la antigua. Pero ningún verdadero romano quiso creerlo; todos aquellos para quienes una ciudad es otra cosa que un montón de piedras, se sintieron heridos en mitad del corazón. ¿Cómo reparar la pérdida de aquel templo construido por Evandro, de aquel otro elevado por Servio Tulio, del sagrado recinto de Júpiter Stator, del palacio de Numa, de aquellos penates del pueblo romano, de aque-

llos monumentos de tantas victorias, de aquellas obras maestras del arte griego? ¿Qué vallan al lado de esto las suntuosidades de artificio, las vastas perspectivas monumentales, las líneas rectas é interminables? Hicieronse ceremonias expiatorias, consultáronse los libros de la Sibila, y las damas, sobre todo, celebraron diversos *vicula*. Pero quedaba existente el sentimiento secreto de un crimen, de una infamia. Una idea infernal se le ocurrió entonces á Neron. Trató de averiguar si había en el mundo algunos miserables más odiados que él por la burguesía romana, sobre quienes pudiese hacer recaer la odiosidad del incendio, y pensó en los cristianos.

El horror que á estos últimos causaban los templos y los edificios más venerados de los romanos hacía bastante aceptable la idea de que fuesen los autores de un incendio, cuyo efecto había sido el de destruir aquellos santuarios. Su triste aspecto ante los monumentos parecía una injuria inferida á la patria. Roma era una ciudad muy religiosa, y la persona que protestaba contra los cultos nacionales se hacía muy visible desde luego. Es preciso recordar que algunos judíos rigoristas llegaban al extremo de no querer tocar una moneda que ostentase una efigie y de considerar como un gran crimen el hecho de mirar ó de llevar una imagen, así como de esculpirla. Otros se negaban á pasar por una puerta de la ciudad sobre la cual hubiese una estatua. Todo esto provocaba las burlas y la malquerencia del pueblo. Quizás los discursos de los cristianos sobre la gran conflagración final, sus siniestras profecías, y su empeño en repetir que la existencia del mundo iba á terminar por medio del fuego, contribuyeron á que se les tomara por incendiarios. No es tampoco inadmisibles que muchos fieles hubiesen cometido imprudencias y que se hubieran tenido pretextos para acusarles de haber querido preludivando las llamas celestes justificar á toda costa sus vaticinios. Este acontecimiento del 64 proporcionó sin duda mas de un rasgo al canto del Apocalipsis sobre el incendio de Roma, dado á luz cuatro años después. La destrucción de Roma por las llamas fué verdaderamente un sueño judío y cristiano; pero sobre todo no fué mas que un sueño. Los piosos sectarios se contentaron con ver en espíritu á los santos y á los ángeles, aplaudiendo desde las alturas del cielo lo que ellos consideraban como una justa expiación.

Detuvose primero á varias personas de quienes se sospechaba que formaban parte de la nueva secta, y se les amontonó en una prision que por sí sola era ya un suplicio. Confesaron allí su fe, lo cual pudo considerarse como una declaración del crimen, que se tenía por inseparable de aquella. A las primeras detenciones siguieron otras muchas. La mayor parte de los acusados habian sido, al parecer, prosélitos que observaban los preceptos y las convenciones del pacto de Jernsalem. No es admisible que verdaderos cristianos hubiesen denunciado á sus hermanos; pero se pudieron cojer varios papeles, y algunos neófitos apenas iniciados cedieron tal vez al tormento. Sorprendió á todo el mundo la multitud de adeptos que habian reunido aquellas tenebrosas doctrinas y se habló de este hecho con cierto terror. Los hombres sensatos hallaron muy débil la acusación del incendio. «Su verdadero crimen, se decía, es el odio al género humano.»

Aunque muchos romanos serios estaban persuadidos de que el autor del crimen del incendio era Nerón, vieron en aquel golpe de la policia un medio de libertar la ciudad de una parte en extremo mortífera. Tácito, á pesar de hallarse movido á compasion, es de este parecer. En cuanto á Suetonio, coloca entre las medidas laudables de Nerón los suplicios que hizo sufrir á los partidarios de la nueva y maligna supersticion.

Aquellos suplicios tuvieron algo de espantoso. Jamás se habian visto semejantes refinamientos de crueldad. Casi todos los cristianos era *humiliores*, gentes de baja estofa. El suplicio de estos desgraciados, cuando se trataba de lesa majestad ó de sacrilegio, consistia en ser entregados á las fieras ó ser quemados vivos en el anfiteatro, con acompañamiento de crueles azotes. Uno de los rasgos mas repugnantes de las costumbres romanas, consiste en haber hecho del suplicio una fiesta y de la matanza un espectáculo público.

Los anfiteatros eran los sitios destinados á las ejecuciones, y los condenados del mundo entero eran enviados á Roma para abastecimiento del circo y regocijo del pueblo.

A la barbarie de los suplicios, añadióse esta vez la irrision. Las victimas fueron reservadas para una fiesta, á la cual se dió sin duda un carácter expiatorio. Pocos dias tuvo Roma tan extraordinarios. El *ludus matutinus*, consagrado á los combates de animales ofreció una comitiva

única vista. Los condenados, cubiertos de pieles de bestias feroces fueron arrojados á la arena y desgarrados por furiosos perros; otros fueron crucificados, y otros, en fin, cubiertos con túnicas empapadas en aceite, en pez ó en resina, fueron atados en postes y sirvieron para iluminar la fiesta nocturna. Cuando la luz del dia desapareció, encendiéronse esos hachones vivientes. Para ese espectáculo, Nerón cedió los magníficos jardines que poseia al otro lado del Tiber y que ocupaban el terreno donde actualmente se encuentran el Borgo y la plaza y la iglesia de San Pedro. Habia allí un circo, empezado por Calígula, continuado por Claudio, y en cuyo límite levantábase un obelisco llevado de Heliópolis (el mismo que actualmente señala el centro de la plaza de San Pedro). En aquel sitio habianse verificado ya matanzas nocturnas. Calígula, mientras se paseaba, hizo decapitar allí á la luz de las antorchas cierto número de personajes consulares, de senadores y de damas romanas. La idea de reemplazar el alumbrado por cuerpos humanos impregnados de sustancias inflamables, pudo parecer ingeniosa. Considerando como suplicio, este sistema de quemar vivo no era nuevo; constituia la pena ordinaria de los incendiarios, lo que se llamaba la *tunica molesta*, de la cual no se habia hecho jamás un método de iluminación. A la claridad de aquellas repugnantes antorchas, Nerón que habia puesto en moda los sacrificios nocturnos, se presentó en la arena, unas veces mezclado con el pueblo y vistiendo el traje de *jockey*, otras conduciendo su carro y solicitando el aplauso del público. Hubo, no obstante, algunas señales de compasion, y hasta los que consideraban á los cristianos como culpables, creyendo que habian merecido el último suplicio, se horrorizaron ante tan abominables placeres. Los hombres prudentes deseaban tan solo la realizacion de lo que exigia la pública utilidad, y que se purgase la ciudad de hombres peligrosos; pero no pretendian que se sacrificasen los criminales á la ferocidad de uno solo. Mujeres y vírgenes fueron obligadas á intervenir en aquellos juegos horribles, y se hizo una fiesta de las indignidades con ellas cometidas. En tiempo de Nerón se habia establecido la costumbre de hacer desempeñar á los condenados en el anfiteatro papeles mitológicos, que llevaban consigo la muerte del actor. Aquellos repugnantes espectáculos en que la maquinaria realizaba efectos prodigiosos, eran cosa comple-

tamente nueva. El desdichado actor era introducido en la arena primorosamente vestido de dios ó de héroe destinado á la muerte, y después representaba alguna escena trágica de las fábulas consagradas por los escultores y los poetas. Unas veces era Hércules furioso, quemado en el monte Etna, despojándose de su túnica de pez inflamada; otras Orfeo destrozado por un oso, Dédalo precipitado desde el cielo y devorado por las fieras. Pasífae sufriendo las embestidas del toro, ó Attys asesinado. Algunas veces se organizaban horribles mascaradas en que los hombres iban vestidos de sacerdotas de Saturno, con el manto rojo sobre los hombros y las mujeres de sacerdotisas de Ceres, llevando vendolletes en la frente; otras veces en fin se representaban obras dramáticas, durante el curso de las cuales, el héroe era realmente condenado á muerte, como Laureolo, ó actos trágicos como el de Muscio Scævola. Al final, Mercurio, con una barra de hierro candente, tocaba los cadáveres para ver si se movían. Varios criados representando á Píton, arrastraban entonces á los muertos por los pies golpeando con mazas todo cuanto palpitaba todavía.

Las mujeres cristianas mas respetables, tuvieron que prestarse á semejantes monstruosidades. Unas desempeñaron el papel de Danaides y otras el de Dircea. Es difícil indicar en qué pasaje de la fábula de las Danaides podía ofrecer un cuadro sangriento. El suplicio que toda la tradición mitológica atribuye á aquellas mujeres culpables, no era bastante cruel para satisfacer los placeres de Nerón y de los asiduos concurrentes á su anfiteatro. Quizás desfilaban aquellas víctimas llevando urnas y recibieron el golpe fatal de manos de un actor que desempeñaba el papel de Lynceó; quizás sufrieron sucesivamente ante los espectadores, la serie de los suplicios del tártaro y espiraron después de algunas horas de tormento. Las representaciones del infierno estaban muy en boga.

Algunos años antes (el año 41), varios egipcios y nubios fueron á Roma y obtuvieron un gran éxito dando sesiones de noche, en las que se revelaban por su orden los horrores del mundo subterráneo, conforme á las pinturas de Tebas, principalmente y las de la tumba de Sathí. En cuanto á los suplicios de las Dirceas, no se pueden poner en duda. Conocido es el grupo colosal que con el nombre del *Toro Farnesio* se contempla en el Museo de Nápoles. Amfión y

Zethus atan á Dircea en los cuernos de un toro bravo, que debe arrastrarla entre las rocas y las escabrosidades del Citheron. Esta medianía escultura de mármol de Rodas, transportada á Roma desde el tiempo de Augusto, era objeto de universal admiración. ¡No puede darse mas bello asunto para el arte repugnante que la crueldad de la época había puesto de moda, y que consistía en hacer cuadros vivos con las estatuas célebres! Un texto y un fresco de Pompeya parecen probar que esta escena terrible era frecuentemente representada en la arena de los circo, cuando se daba suplicio á alguna mujer. Desnudas y atadas por los cabellos á los cuernos de un toro furioso, las infelices eran expuestas á las miradas lúbricas de un populacho feroz. Algunas cristianas inmoladas de este modo, mostraban flaqueza de cuerpo, pero su valor y su entereza eran sobrehumanos; la infame muchedumbre no tenía ojos mas que para sus entrañas abiertas y sus desgarrados senos.

Después del día en que Jesús espiró en el Gólgota, el día más solemne en la historia del cristianismo fué aquel en que se celebró la fiesta de los jardines de Nerón (hacia el 1.º de Agosto del año 64). La solidez de una construcción proporcionada á la suma de virtud, de sacrificios, de abnegación con que se halla cimentada. Los fanáticos son los únicos que pueden fundar alguna cosa: el judaísmo dura todavía á causa del intenso frenesí de sus profetas y de sus celosos sectarios; el cristianismo dura también á causa del ardimiento de sus primitivos adeptos. La orgía de Nerón fué el gran bautismo de sangre que señaló á Roma como á la ciudad de los mártires y la puso en condiciones de representar un papel absoluto en la historia del cristianismo, y llegar á ser la segunda ciudad santa. Puede decirse que aquel día esos vencedores de una especie desconocida hasta entonces tomaron posesión de la colina vaticana. El odioso atolondrado que gobernaba el mundo no se apercibió de que era el fundador de un nuevo orden de cosas y de que firmaba para el porvenir una constitución cuyos efectos debían ser reivindicados al cabo de mil ochocientos años.

Podemos con alguna verosimilitud relacionar el acontecimiento que hemos referido con la muerte de los apóstoles Pedro y Pablo. El único incidente histórico que se conoce, por el cual se puede explicar el martirio de Pedro, es el episodio referido por Tácito. En cuanto á Pablo hay razones sólidas para creer que ha sido

también mártir, y que murió en Roma. Es natural, pues, que se relacione igualmente su muerte con el episodio de Julio a Agosto del 64. Por lo que respecta á la manera con que murieron ambos apóstoles, sabemos con certeza que Pedro fué crucificado. Según antiguos textos, su mujer fué ejecutada con él, y la vió llevar al suplicio. Una relación aceptada desde el siglo III supone que Pedro considerándose muy humilde para igualarse á Jesús, pidió que le crucificaran con la cabeza hacia abajo. Como la matanza del 64 ofreció casos de tormentos odiosos y raros, es posible, en efecto, que Pedro fuese crucificado en esta actitud horrorosa. Séneca cita casos de tiranos que han hecho poner á los crucificados con la cabeza hacia la tierra. Y es fácil que después la piedad cristiana haya atribuido á refinamiento místico lo que no fué otra cosa que un raro capricho de los verdugos. Tal vez el versículo del cuarto Evangelio: «Tú estenderás las manos y otro te ceñirá y te llevará donde no quieres» encierra alguna alusión á una particularidad del suplicio de Pedro. En su cualidad de *honestior*, Pablo fué decapitado. Es probable que se le formase causa de un modo regular, y que no fuera incluido en la condena sumaria de las víctimas de la fiesta de Neron.

Repito que todo esto es dudoso y de poca importancia. Sea ó no verdad, la leyenda está aceptada como cosa fidedigna. A principios del siglo III, veíanse ya, cerca de Roma, dos monumentos, á los cuales iban unidos los nombres de los apóstoles Pedro y Pablo. El uno estaba situado al pié de la colina Vaticana; era el de San Pedro; el otro, el de San Pablo, hallábase en el camino de Ostia. Estos dos monumentos, llamados en estilo oratorio, «Los trofeos de los apóstoles» eran probablemente *cellæ memoria*, dedicadas á los dos santos.

Antes de Constantino existían ya monumentos de esta especie, y hay fundamento para creer que semejantes *trofeos* eran solo conocidos de los fieles, y tal vez no eran otra cosa que aquel Terebinto del Vaticano, al cual estuvo asociada durante siglos la memoria de Pedro, y aquel Pino de las Aguas Salvianas, que fué, según ciertas tradiciones, el centro de los recuerdos relativos á Pablo.

(Continuará.)

EL PROGRESO DE LA MUJER

por el Espiritismo.

Ha dicho un autor francés de gran valía, que la misión de la mujer en la sociedad moderna es admirable. Nada más cierto á pesar de las crueles invectivas por muchos, que de sabios se precian, empleadas para combatir la preponderancia que va adquiriendo el sexo apellidado el bello.

— ¡Qué ridícula anomalía! esclaman con despreciativo sarcasmo, cuando el aplauso público celebra sus triunfos en las aulas y en las prácticas de las ciencias.

Empero la civilización, sobreponiéndose al egoísmo del hombre, avanza á toda prisa en la obra del pedestal sobre el que ha de elevarse la inteligencia de la mujer.

El que haya visitado detenidamente la Inglaterra y los Estados Unidos de América, esos dos países en donde tan alto han levantado su vuelo todos los ramos de los conocimientos humanos, ha podido contemplar los adelantos positivos de la mujer. Allí se la ve salir de las universidades, no bulliciosa ni haciendo ostentación de estudiantiles jovialidades, sino preocupada y grave dirigirse con anhelo á su morada para profundizar lo que acaba de oír á sus maestros. Y si habéis penetrado en alguno de aquellos fabulosos centros comerciales, allí habréis visto también á la mujer, solícita é inteligente, resolver difíciles problemas de números y abarcar con esa poderosa iniciativa, que no puede negarle el hombre, la solución de los más arduos negocios.

Sienta una ilustre escritora, que si la Biblia tuviera fe de erratas, hubiera apuntado una de grandísima trascendencia, pues al consignar el Génesis, que después de haber Dios creado al hombre, lo durmió y le sacó una de sus costillas, de la cual hizo á la mujer, debió decir «parte del corazón», que el corazón fué sin duda lo que eligió el Señor para formar de él su compañera, que es toda corazón.

¡Qué sería de nuestros hogares sin su influencia bienhechora! Dios la ha concedido

la mas alta mision que el mortal puede ejercer sobre la tierra, la de la madre, que por lo general cumple hasta rayar en lo sublime.

De cuantas heroínas immortaliza la historia de todos los paises, rara es la que no reviste á la par de su valor ó de su talento el amor infinito á la familia y la abnegacion mas generosa á favor de sus semejantes. En corroboracion de este aserto veamos lo que dice un ilustrado corresponsal del *Times* al describir los horrores de la batalla de Sedan:

«Un sol capicual cae á plomo sobre este campo de desolacion y de muerte. Los charcos de la sangre, los gritos de los heridos, el estertor de los moribundos, presentan un espectáculo horroroso, y á pesar del buen servicio sanitario, hay falta de elementos para atender á todos los sitios donde se cebó la matanza. Pero la Providencia, personificada en estas superiores criaturas llamadas Hermanas de la Caridad, provee, comunicándoles el valor y la fortaleza necesarios para arrostrar las balas y los rigores de la estacion. Ellas acuden presurosas á curar á los infelices heridos, aplicando á sus abrasados labios el néctar refrigerante de sus cantimploras, dándoles consuelo y ánimo con la dulzura de su palabra.»

«Entre estos ángeles de la tierra, se destaca una joven de interesante figura y rostro bellissimo, que por su traje manifiesta pertenecer al siglo. Informándome he podido inquirir que una señorita inglesa, de posicion brillante en la sociedad y fabulosamente rica, es huérfana y dicen que emplea la mayor parte de su patrimonio en obras de caridad. Do quiera que la guerra ó la peste se enseñorean, allí aparece al instante este ser benéfico y delicado, para ejercer el oficio de la mas diligente enfermera.»

Suponen nuestros sistemáticos detractores, que los atributos de la mujer no pueden extralimitarse de la línea que les marca la misma naturaleza, empero esas gratuitas afirmaciones caen por su base ante los nobles ejemplos de la docta santa Teresa de Jesús y la gran reina doña Isabel la Católica; la primera desplegando su privilegiado talento en el cultivo de las letras sin des-

atender ninguno de los inmensos cargos que asumia como fundadora de su Orden; la segunda dictando sabias leyes y dirigiendo sus aguerridas huestes á la victoria y á las conquistas, sin olvidarse de que era esposa y madre. En los interesantes detalles de su vida íntima, se halla consiguado por autores fidedignos, que hasta hilaba con sus finas manos el hilo para las camisas de su régio consorte.

¡Cuántas desdichas se evitarían si á la mas débil mitad del género humano se le diera la instruccion á que sus alcances la hacen acreedora! Pero ya que los hombres la han mirado en todos tiempos con la mas supina indiferencia, el Espiritismo, emanacion divina del Hacedor de todos los mundos, viene á resolver el problema que se han desdeñado los filósofos en discurrir, concediendo á la mujer por el conducto de la medianidad facultades que desarrollan su elevada comprension.

En la ley inquebrantable del progreso, tiene la mujer señalado su sitio. ¡Vano intento será impedir que vaya á ocuparlo! Mas para remontarse al templo de la fama, preciso es que lleve por lema en su bandera la modestia, la caridad, fuente de todo bien, y la regeneracion de la sociedad por medio de la pureza de costumbres.

Avelina.

(De la Revista de Estudios Psicológicos.)

ADVERTENCIA

Rogamos á los señores suscritores de fuera de la capital, se sirvan remitir el importe de la suscripcion, si no quieren sufrir retraso en el recibo del periódico.

ALICANTE

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

de Costa y Mira.

calle de San Francisco, núm. 28.